

EL CASTRO DE SAN ISIDRO: INFORME DE LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS 1986

Elías Carrocera Fernández

Previamente a la descripción pormenorizada de la excavación del castro de San Isidro en el verano de 1986, vamos a intentar plasmar una visión del proyecto de investigación en el cual están encuadrados todo un conjunto de trabajos de excavación y prospección, unos ya efectuados y otros a realizar en un futuro próximo.

A partir de una serie de trabajos previos (El poblado fortificado de Mohías. Medio geológico y hábitat en los poblados fortificados del occidente asturiano. Aproximación al conocimiento del hábitat y del territorio castreño) llegamos a unas determinadas conclusiones que por su carácter interpretativo resultaban "frágiles". Sin embargo, ensamos que podrían ser un punto de partida que nos abriese nuevas perspectivas de investigación.

Partiendo del análisis de los emplazamientos conocidos y atendiendo a su posición geomorfológica pudimos diferenciar tres tipos de castros:

—Los situados a cierta distancia del frente de sierra, en zonas llanas, la mayoría localizados en vegas fértiles.

—Los situados en zonas de cambio de pendiente, próximos al frente de sierra.

—Los situados en zonas montañosas de entidad media.

Esta pequeña observación nos indicaba la inexistencia de un modelo standarizado para la ubicación de los asentamientos, y nos hacía pensar que la elección del lugar de asentamiento respondía a necesidades funcionales concretas que pudieran variar en el tiempo.

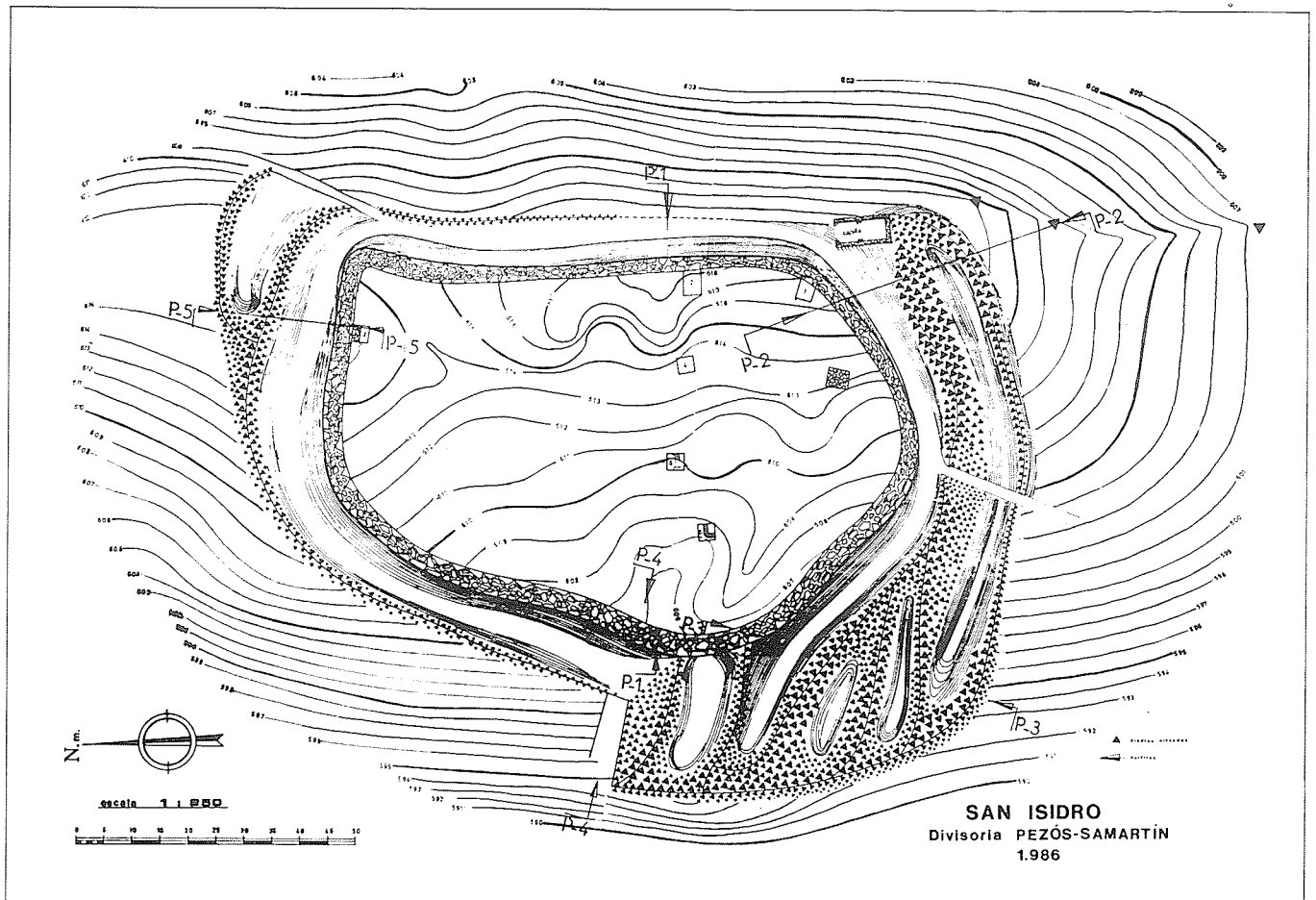


Fig. 1.—Topografía de la planta y estructuras defensivas del Castro de San Isidro.

El mismo análisis nos llevó también a distinguir dos tipos de asentamientos:

—Unos principales, que serían aquellos que por su emplazamiento los podríamos considerar autónomos en sentido defensivo, pudiendo depender de ellos otra serie de asentamientos de menor entidad.

—Otros secundarios, con una función específica y concreta, que por su emplazamiento requerirían una interdependencia así como una dependencia de un centro con mejor posición topográfica.

Otro factor que se introdujo en la prospección y que resultó diferenciador, fue el visual:

—Los asentamientos principales tendrían una visión total del territorio, mientras que los secundarios tendrían una

visión sectorial del mismo, respondiendo a ese carácter interdependiente aludido anteriormente.

Por otra parte, los asentamientos principales no estarían en contacto directo con las vías de comunicación, sino que dominarían los puntos de acceso en un gran radio de acción. Los secundarios, por el contrario, en su control sectorial del territorio dominarían sectores de esas vías de comunicación.

Con todo lo expuesto esa “fragilidad”, anteriormente aludida, queda patente ya que no todos los yacimientos tienen que corresponder al mismo momento cronológico; con lo que esa interrelación sería imposible de contrastar si no se realizasen una serie de cortes y sondeos estratigráficos, con el fin de poder establecer sincronías.

Como complemento a esta primera etapa de estudio y a la sazón, como un elemento más de familiarización con el medio en el que habíamos decidido trabajar, solicitamos la limpieza y adecuación de los castros de Mohías y Pendia. Al mismo tiempo, estos yacimientos podían formar parte de un círculo de visitas junto con el castro de Coaña.

En Mohías los trabajos consistieron principalmente en la limpieza del poblado, sin embargo, en algunas ocasiones fue necesaria la reexcavación de determinadas zonas; hogares y pavimentos fueron reexcavados, al mismo tiempo se refrescaron algunos cortes de las antiguas excavaciones.

En este mismo yacimiento realizamos un pequeño experimento de conservación, que consistió en parcelar un sector, en el que se había trabajado despejándolo de tojos, y tratarlo con distintos productos. Al cabo del tiempo, en una visita de inspección, contrastamos los distintos resultados y pudimos constatar que donde se empleó TURDON 101 ofreció los mejores efectos de los distintos tratamientos utilizados.

En el castro de Pendia, desde comienzos de los años cuarenta no se había realizado ningún tipo de trabajo arqueológico, con lo que el monte había absorbido por completo el yacimiento. A nuestra llegada y antes de ningún tipo de labor de deforestación, la primera tarea fue la de delimitar el castro y determinar el área que había sido excavada.

De las labores llevadas a cabo, la más interesante fue la limpieza de las llamadas “cámaras”. Una conserva perfectamente parte de su cubierta en falsa bóveda, construida por aproximación de hiladas de pizarra.

En previsión de que esta limpieza fuese más beneficiosa que perjudicial para la conservación de las citadas “cámaras” y dado que las cabeceras de ambas por la posición que ocupan pueden ser pisadas con facilidad, las rodeamos con una baranda de protección.

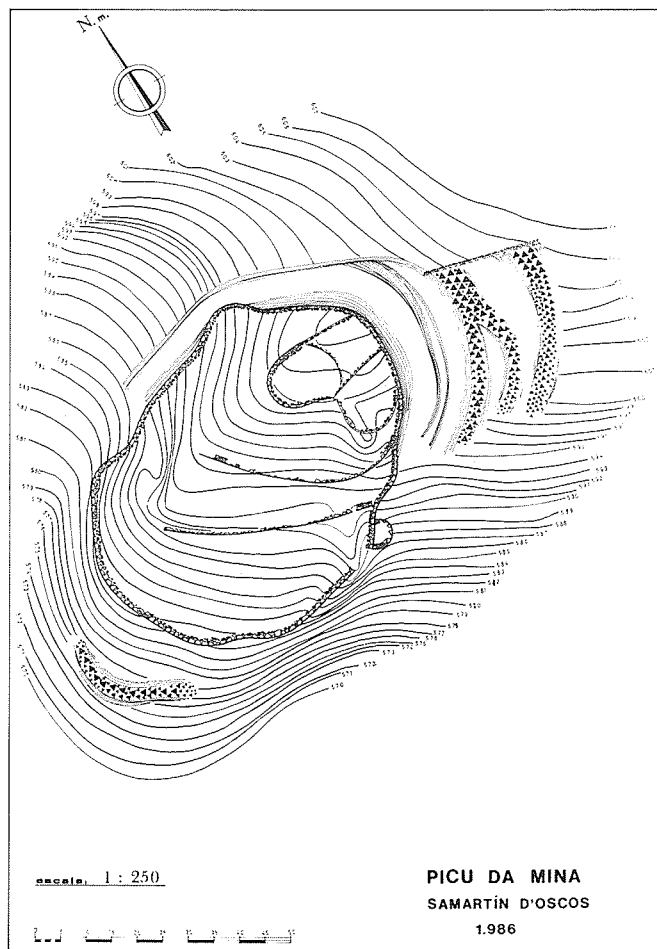


Fig. 2.—Topografía de la planta y estructuras defensivas del Castro Picu da Mina.

Como anteriormente señalábamos, estos trabajos de limpieza buscaban fundamentalmente la integración de Mohías y Pencia en el circuito de visitas que originase el castro de Coaña. Incluso previendo problemas en la conservación de los yacimientos recuperados aconsejamos, en un informe, que la Consejería de Cultura hiciese partícipe a las Corporaciones Municipales en el mantenimiento de los conjuntos recuperados, con el fin de que esos trabajos no resultasen baldíos.

En el mismo informe, proponíamos para el castro de Pencia recuperar y consolidar tanto las estructuras de defensa como las de habitación, ya que a pesar de estar en malas condiciones de conservación era y es factible su tratamiento y recuperación. Para ello incluso redactamos un detallado programa de actuación, en el que se precisaba la colaboración con el INEM, que entregamos en la Con-

sejería de Cultura para su trámite. Este plan de actuación no fue viable, al parecer, porque el INEM no aceptó la propuesta.

En una segunda fase del estudio, para intentar resolver los problemas planteados por los trabajos de prospección decidimos llevar a cabo determinadas excavaciones arqueológicas. Antes de acometer propiamente los trabajos de excavación, establecimos una serie de criterios básicos a la hora de escoger los yacimientos en los que investigar:

Pretendíamos excavar algún yacimiento de los que denominamos principales y algunos de los que consideramos secundarios, si bien a la hora de elegir propiamente el yacimiento, introducimos determinados factores que resultaban primordiales en nuestra investigación. Estos factores los podemos glosar de la siguiente manera:

—Que en sus inmediaciones hayan aparecido materiales de claro matiz pre-romano.

—Proximidad de vegas fértiles.

—Cercanos a restos de antiguo laboreo minero.

—Yacimientos con posibilidad de ser habitados sin interrupción, alejados de zonas inhóspitas y donde por una serie de circunstancias la secuencia pudiese ser larga.

Estos factores de investigación tienen unos objetivos bien claros:

—Comprobar la distribución espacial de los asentamientos y su relación con el medio, intentando delimitar áreas de explotación.

—La localización de niveles pre-romanos.

—La determinación de los fenómenos aculturación y conquista intentando matizar si existe o no ruptura.

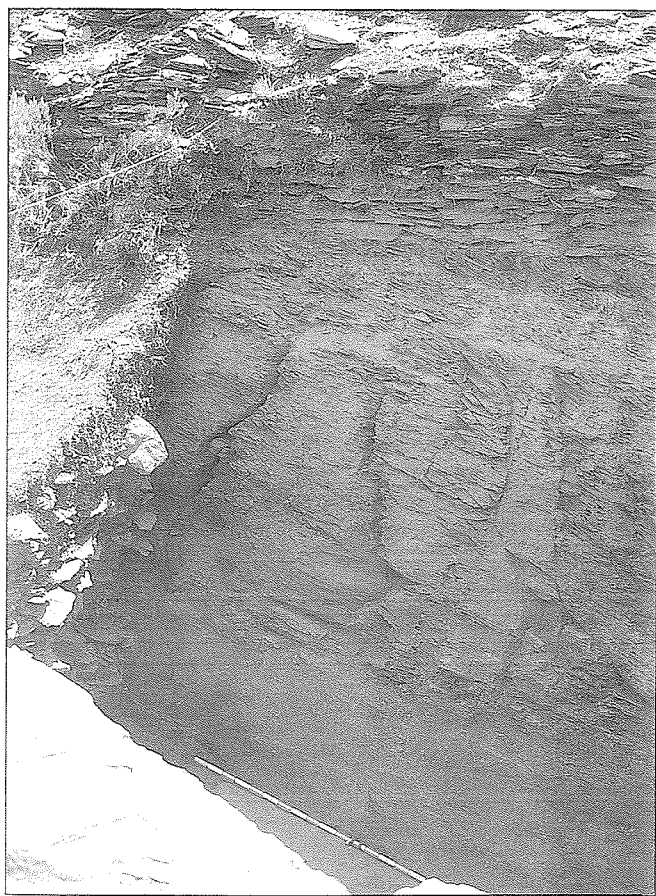


Fig. 3.—Corte estratigráfico de la muralla y primer foso del Castro de San Isidro.

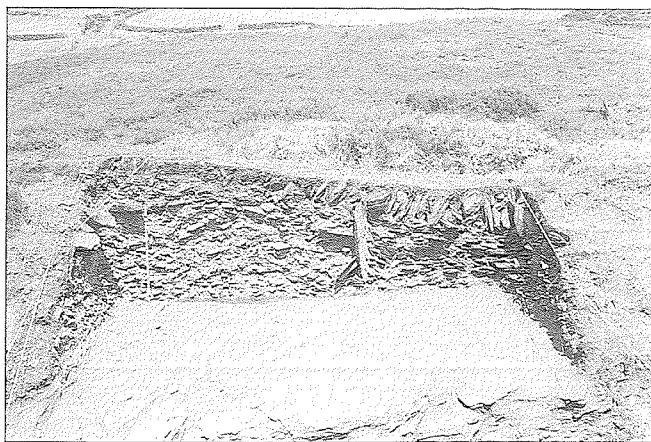


Fig. 4.—Corte estratigráfico del espacio entre dos fosos del Castro de San Isidro. Se puede observar la disposición y forma de asentar las "piedras hincadas".

—Confirmación de coetaneidad o de traslado de población entre los asentamientos que denominamos principales y secundarios.

—Confirmación de la creación de poblados de nuevo cuño en época romana, con una función específica y concreta.

—Precisión de la función y actividad de cada castro a partir de los resultados obtenidos en los distintos muestreos y de interrelacionarlos con el medio circundante.

Elegidos los yacimientos en los que se iban a efectuar sondeos arqueológicos y teniendo presente la valoración de las necesidades de nuestra investigación junto con las posibilidades, acometimos los trabajos arqueológicos.

En un principio teníamos previsto practicar cortes radiales desde la cima del yacimiento hasta fuera de su sistema defensivo, llegando hasta la roca del sustrato, con el fin de comprobar realmente la evolución de cada estación arqueológica; pero la exigua subvención de la que disponíamos impidió la realización de estos planteamientos iniciales de trabajo. No obstante, con los medios disponibles, centramos nuestro trabajo y esfuerzo en el sondeo de murallas y de los fosos inmediatos. Con ello pretendíamos obtener la fundación de ese poblado y la pérdida de función de esas murallas, amén de comprobar las distintas remodelaciones en el caso de que hubiesen existido.

Como estos sondeos en las murallas son aproximativos, también nos planteamos excavar en los distintos aterrazamientos que los yacimientos tenían en su interior, en los cambios de pendiente y en zonas donde era factible encontrar potencia estratigráfica.

Con la información obtenida, podríamos realizar una primera valoración del yacimiento con la que decidiríamos

si es necesario continuar con una excavación arqueológica en horizontal o bien cambiar de yacimiento en busca de esos resultados que en nuestras premisas de investigación nos habíamos planteado.

Así en 1984 solicitamos el permiso de excavación en el castro de La Escrita, si bien, por problemas presupuestarios, tuvimos que posponer el trabajo de campo hasta el verano del año siguiente.

Si elegimos el castro de La Escrita para realizar nuestros trabajos de investigación, fue porque tradicionalmente a este castro se le venía adscribiendo una serie de materiales, tales como fíbulas de bucle que nos pondrían en una cronología próxima al V. a. C. Este panorama, con la posibilidad de obtener una secuencia estratigráfica en la que estuvieran presentes niveles pre-romanos, nos impulsó en la elección del yacimiento.

Nuestras excavaciones en La Escrita demostraron, a nuestro entender, que la mencionada estación es un yacimiento con una fundación en el siglo I d. C., corroborado por la construcción de la muralla en este momento y por toda una serie de materiales recuperados en un contexto claro. Esta circunstancia nos predispone a no aceptar esos materiales, de matiz pre-romano no galaico, como procedentes de La Escrita. Si realmente perteneciesen, estarían fuera de su contexto sin valor cronológico alguno. No obstante, este cúmulo de circunstancias que se repiten en algunos de los castros estudiados, nos hace pensar, como mera hipótesis de trabajo, que nos encontramos ante poblaciones claramente relacionadas con el mundo pre-romano de la Meseta o bien, que estamos ante elementos de la cultura material de poblaciones trasladadas desde la Meseta, en época romana, a los campos auríferos del sector occidental del actual territorio administrativo del Principado.

Si la fundación del castro no estaba clara, menos claros están los momentos finales del yacimiento. No solamente en La Escrita sino en bastantes yacimientos del N.O., que claramente se pueden poner en relación con la minería del oro, estamos observando determinados problemas a la hora de interpretar las estratigrafías. Esta dificultad en la interpretación probablemente se derive de la disparidad de los materiales empleados en la construcción y también del propio carácter del asentamiento.

En La Escrita constatamos el derrumbe de la muralla en las primeras décadas del siglo II d. C., perdiendo la función para la que había sido levantada, pero este hecho no representa el final de la ocupación del cerro. En niveles de revuelto hallamos materiales del Bajo Imperio que nos hacen pensar en una reocupación tardía, en la que el cueto como elemento topográfico elevado jugaba un papel aparentemente defensivo, sin ninguna otra obra infraestructural que supuestamente le acompañase.



Fig. 5.—Panorámica de las defensas con piedras hincadas del Castro de Isidro.

Los materiales tardíos, por su singularidad, son los más interesantes de los recuperados en La Escrita. Concretamente nos referimos a una moneda de Galieno, que nos sitúa cronológicamente a finales del siglo III, principios del IV d. C. y a ciertos elementos cerámicos que podemos asociar a un grupo de cerámicas que actualmente se encuentran en estudio y revisión. Estos tiosos los podemos situar en el subgrupo de la Sigillata Hispánica (anaranjada) imitador de la Gálica Paleocristiana que L. Caballero propone denominar Sigillata Hispánica Tardía de Imitación Paleocristiana (T.S.H.T.I.P.). E. Cerrillo propone una cronología del siglo V d.C. para estas cerámicas, mientras que L. Caballero incluso apunta que pueden llegar al siglo VI; por su parte T. Mañanes sugiere una cronología visigoda.

Nuestras excavaciones en el castro de Coaña en el verano de 1985 pretendían, mediante una serie de sondeos, establecer una cronología de las murallas. Intentamos verificar la época fundacional, distinguir, si existiesen, remodelaciones y descubrir la pérdida de función de dichos elementos defensivos. Los resultados no fueron todo lo apetecibles que hubieramos deseado. No obstante, en lo referente a las estructuras pudimos descubrir el cimiento de la muralla original con lo que tenemos opción a consolidarla y reconstruirla, ya que lo que actualmente se conserva en el sector N.O. es una acumulación de bloques sobre el propio derrumbe de la muralla. Por otra parte, sacamos a la luz lo que parece un cubo de defensa. En un segundo sondeo descubrimos que la muralla llevaba un paseo de ronda interior, cortado en la actualidad por una zanja perimetral que recorre el interior de la muralla. Ese paseo interior está enlosado y para su construcción se reutilizaron materiales que en su momento sirvieron para otro menester; es el caso de algunos molinos circulares.

También en esta campaña intentamos delimitar el espacio correspondiente a la zona de habitación y defensas del poblado, hasta donde nuestra capacidad y los indicios lo permitieran. Tradicionalmente en las publicaciones nunca se hizo hincapié en el aparato defensivo del poblado, no obstante, J. M. González apuntó la existencia de un foso, al pie de la colina por el sudeste. Nuestras prospecciones pueden clarificar algo de este aspecto infraestructural. Si bien, resulta difícil precisar con exactitud en la reconstrucción del aparato defensivo, porque los terrenos, como vulgarmente se dice, fueron amansados para las labores agrícolas. Nosotros intentamos, mediante la observación topográfica, interpretar los ligeros indicios y los cambios de pendiente que se insinuaban.

El sector Nor-Noreste no presenta ninguna complejidad, ya que el cauce del arroyo que rodea el castro fue ensan-

chado artificialmente cumpliendo a la vez las veces de lecho y foso de defensa. Cubriendo el espacio del castro que el regato no circunda, probablemente existieron dos fosos. Con toda seguridad podemos testimoniar la existencia de uno, totalmente colmatado y erosionado.

La elección del castro de San Isidro para centrar en él nuestras excavaciones, está relacionada primero con la posición relevante que ocupa el yacimiento y segundo con su sistema defensivo, en el que las piedras hincadas son parte fundamental. En Asturias este sistema defensivo, que tradicionalmente se adscribe a los sistemas defensivos de la Meseta, no estaba documentado en ninguna otra prospección o excavación. Nuestro interés por documentar cronológica y culturalmente este sistema de defensa, nos llevó a centrar las investigaciones en esta estación arqueológica.



Fig. 6.—Fragmento de cerámica Anaranjada de imitación paleocristiana procedente del Castro de La Escrita.

En el verano de 1986 iniciamos los trabajos de prospección y excavación en el área comprendida por Pesoz, Grandas y San Martín de Oscos, teniendo como centro de operaciones el castro de San Isidro, en la divisoria de Pesoz y San Martín de Oscos.

Los trabajos en el castro de San Isidro se centraron en dos puntos fundamentales; por una parte se prospectó, delimitó y topografió el yacimiento y por otra se practicaron sondeos en la muralla y en el primer foso; a la vez que, en el interior del poblado de forma escalonada, se excavaron tres catas estratigráficas.

Los escasos restos de la cultura material y las estructuras descubiertas, nos ponen en relación con el resto de los castros excavados en la zona occidental asturiana. Al mismo tiempo, no observamos ninguna ruptura que nos indique que estamos en un momento cronológico-cultural distinto. Estas circunstancias nos hacen pensar, bien que es-

tamos ante aportes infraestructurales introducidos en el sector occidental asturiano por los ingenieros militares romanos o bien, que existieron traslados de población desde la Meseta a las explotaciones auríferas de Asturias occidental. Ese traslado llevaría implícito que los mismos patrones de defensa meseteños se implantasen en San Isidro y en otros yacimientos, fuera de su área natural y lejos de su función principal que es el entorpecimiento de los movimientos de la caballería.

La prospección llevada a cabo en el territorio circundante al castro de San Isidro, reportó hallazgos interesantes. A 200 m. de San Isidro localizamos un nuevo castro, El Picuda Mina, con piedras hincadas formando parte de sus defensas. También a 1 Km. descubrimos, en un paraje conocido por Las Covas del Reselao, restos de antiguo laboreo minero.

Noviembre - 1986